

Esta fecha del 23 de septiembre de 1846 permanecerá siempre célebre, como la comprobación de un admirable descubrimiento. Observación curiosa; justamente en la misma fecha, el 23 de septiembre de 1877, fué cuando Le Verrier exhaló el último suspiro, en el momento en que acababa de terminar su teoría completa del sistema solar.

Este descubrimiento es espléndido y de primer orden bajo el punto de vista filosófico, porque prueba la seguridad y la precisión de los datos de la astronomía moderna. Considerado bajo el punto de vista de la astronomía práctica, no era más que un rudo ejercicio de cálculo, y los más eminentes astrónomos no veían en él otra cosa! Y es que sólo después de su comprobación y su demostración pública, es que sólo después del descubrimiento visual de Neptuno fué cuando abrieron los ojos y sintieron un instante el vértigo del infinito ante el horizonte revelado por la perspectiva neptuniana. El mismo autor del cálculo, el sobresaliente matemático, no se tomó siquiera el trabajo de tomar un anteojito y mirar hacia el cielo, para ver si el planeta estaba allí realmente! Hasta creo que jamás lo vió... Una noche del año 1876 que observaba yo a Neptuno en el gran ecuatorial del Observatorio de París, y que él había subido a la cúpula, como me preguntara lo que yo observaba (yo estaba entonces ocupado en la medida de estrellas dobles, y, por casualidad, observaba a Neptuno, inmediato a una de las parejas que yo medía), le respondí que tenía al planeta en el campo de mi instrumento, y que me parecía azul. « ¡Vaya una idea! ¿Qué puede tener de interesante esa observación? »

Según él, por otra parte, antes, entonces y siempre, hasta el fin de sus días, la Astronomía estaba toda entera contenida en fórmulas: los astros no eran más que centros de fuerza. Muy frecuentemente le sometí las dudas de un alma inquieta sobre los grandes problemas del infinito, preguntándole si creía que los otros planetas estuviesen habitados como el nuestro, cuáles podían ser especialmente las extrañas condiciones vitales de un mundo alejado del Sol a la distancia de Neptuno, cuáles debían ser los cortejos de los innumerables soles repartidos por la inmensidad y qué extrañas luces coloreadas debían verter las estrellas dobles sobre los planetas desconocidos que gravitan en aquellos lejanos sistemas: sus respuestas me demostraron siempre que, para él, estas cuestiones no tenían ningún interés, y que el conocimiento esencial del Universo consistía, en su espíritu, en ecuaciones, en fórmulas, en series de logaritmos, que tenían por objeto la teoría matemática de las velocidades y de las fuerzas.

Pero no es menos sorprendente que no hubiera tenido la *curiosidad* de comprobar por sí mismo la posición de su planeta, lo cual hubiera sido fácil, aun sin mapa, puesto que presenta un disco planetario, y lo que hubiera podido hacerse, por otra parte, por medio de un mapa, puesto que bastaba pedir estos mapas al Observatorio de Berlín, donde acababan de ser terminados y *publicados*. No es menos sorprendente también que Arago, que era más físico que matemático, más naturalista que calculador y cuyo espíritu tenía un carácter sintético tan notable, no hubiera dirigido por sí mismo hacia ese punto del cielo uno de los anteojos del Observatorio, y que

ningún astrónomo francés haya tenido esta idea. Pero lo que más nos sorprende aún, es saber que, *casi un año antes*, en octubre de 1845, un joven estudiante de la Universidad de Cambridge, M. Adams, había buscado la solución del *mismo* problema, obtenido los *mismos* resultados y comunicado estos resultados al Director del Observatorio de Greenwich, M. Airy, sin que el astrónomo a quien fueron confiados tomara este trajo por lo serio, y sin que tampoco él buscara en el cielo la comprobación óptica de la solución de su compatriota!

Al recibo de la carta de Le Verrier, el director del Observatorio de Berlín, Encke, no dió tampoco al asunto ninguna importancia (1).

Y no podía por menos de admirar a Le Verrier como matemático, pero no podía por eso detestarlo menos como Director del Observatorio. Después de mi salida de éste en 1862, había pues jurado emplear todos mis esfuerzos para provocar su caída.

De acuerdo con M. Havin, establecí en *le Siècle* unos artículos con el título de LE DOSSIER LE VERRIER, en los que publicaba todos los agravios recibidos de él, todas sus injusticias y todos sus abusos de poder. Empecé estos artículos el 10 de febrero de 1866 y los continué hasta el fin (febrero de 1870). M. Le Verrier respondió primero a estas revelaciones públicas enviándonos al alguacil, y sus respuestas fueron publicadas, como mis ataques, pero él se defendía mal, y es que en realidad no podía defenderse.

*Le Siècle* era el periódico de más circulación en

(1) Véase la relación que he dado de este caso, con motivo del centenario de Le Verrier, a la Sociedad astronómica de Francia, en abril de 1911.

Francia. Otros periódicos se unieron a él en esta campaña.

Sus colegas le conocían y le juzgaban. Hasta algunos de sus asociados revocados discutieron su descubrimiento de Neptuno, como Manuel Liais, por ejemplo, que marchó al Brasil. Esto no era justo; era simplemente jugar con las palabras y las cifras. Me guardé muy bien de imitar este sistema, pero su mal carácter levantaba contra él todas las armas.

El geómetra José Bertrand, su colega en el Instituto, hablando de Felix Tisserand, discípulo de la Escuela normal y que debía un día suceder a Le Verrier, cuenta que Pasteur, director de los estudios científicos, había adivinado en este alumno un elegido de la ciencia y le había señalado a Le Verrier, que le había nombrado astrónomo adjunto en el Observatorio :

« El atractivo era grande, escribe el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias; pero Tisserand vacilaba. A pesar de sus eminentes cualidades, Le Verrier, según la voz pública, inspiraba las mayores prevenciones, y la opinión general le reprochaba un carácter difícil de que se quejaban sus colaboradores; agresivo con los unos y tiránico con los otros, engendraba en ellos la desconfianza y la hostilidad. Vigilante por otra parte y atento en los detalles, singularmente hábil para gobernarlo todo, había hecho del Observatorio una excelente escuela, reputada insóportable. Todo el mundo se rebelaba contra él con verdadero arrebató y a veces más allá de lo verosímil. Sin duda se exageraba; y sin querer hacer traición a la verdad, las pasiones irritadas le prestaban demasiado vivos colores. El mariscal Vaillant, amigo de la autoridad, pero de humor conciliante, había dicho y le gustaba repetir : « El Observatorio es imposible sin Le Verrier, y, con él, más imposible todavía ». No importa; Tisserand buscaba y perseguía ante todo la ciencia; sin

temer el rigor y la aspereza de la regla, aceptó y obró lo mejor que pudo, y esta fué una verdadera dicha para la astronomía y para sí mismo.

« Bueno, cordial, capaz de paciencia y de firmeza, al entrar Tisserand en el Observatorio, se había prometido ignorar los odios y las intrigas. Testigo pacífico de una guerra renaciente sin cesar, y sin rebelarse contra el gran astrónomo que supo apreciar sus talentos, no llegó sin embargo a ser su amigo.

« Mucho tiempo después les oí hablar al uno del otro sin rencor ni amargura. Tisserand reprochaba a Le Verrier de convertir demasiado frecuentemente su obstinación y su fuerza en severidades inútiles, como si se complaciera en justificar un mal querer que no podía aumentar más por su parte (1). »

Era detestado hasta en el Instituto, pues cuando entraba en la sala de sesiones los lunes á las tres de la tarde, lo miraba todo desde la altura de su grandeza con aire desdeñoso, como pareciendo decir : « ¿ Qué son ni qué significan todas esas personas ? » Jamás añadió a su nombre el título de « miembro del Instituto ».

Un día, hasta puso en revolución toda una clase de la Academia de Ciencias yendo a la pizarra a escribir fórmulas contra las de su enemigo especial, Delaunay, y diciendo a los académicos : « Señores, voy a hacer todos mis esfuerzos por ser claro, y espero ser comprendido de vosotros, y hasta de los botánicos y los veterinarios ».

(1) JOSEPH BERTRAND, *Éloges académiques, Tisserand*. — Puedo añadir que un día del año 1877, M. Le Verrier (con el que yo había vuelto a entrar en relaciones), hablándome de su sucesor eventual, que no podía ser Yvon Villarceau, entonces subdirector, pero vanidoso y mal genio, sin la excusa de la gloria, me señaló a Tisserand como el más digno.

Aquello era quizás verdad, pero estas cosas no se dicen.

En *le Siècle* y los demás periódicos teníamos las mejores ocasiones para atacarle. Pero tampoco dejé de hacerlo en mis conferencias, y cada vez que lo hacía, tempestades de aplausos cubrían mis palabras.

El conjunto de mis artículos sobre el particular podría formar un gran volumen. No citaré de ellos sino algunos ejemplos :

1867. — Desde hace catorce años, este orgulloso sabio se viene colocando por encima del ministro de Instrucción pública, por encima del soberano y por encima de las leyes; desde hace catorce años reina en autócrata, suprimiendo a su capricho los sueldos de sus administrados, opiniéndose sistemáticamente a toda investigación personal, cubriéndolo todo con su orgullo y su personalidad, arrojando en la miseria a astrónomos que hizo venir primero del Extranjero con miles de promesas, destruyendo observatorios contruidos a grandes gastos por particulares, suspendiendo por su sola autoridad la más importante operación geodésica del siglo, contrarrestando las resoluciones del ministerio de Marina, y no aceptando, bajo su alta protección, sino almas que se prestan a una continua abnegación.

Sordo a todas las quejas, olvidadizo de los deberes inherentes a la misión que le ha sido confiada, enemigo de la ciencia misma de que hubiera debido hacerse el apóstol y el defensor, despreciando altamente por otra parte las obras del pensamiento humano y los trabajos de la filosofía, debemos confesar que este presuntuoso espíritu no tiene de respetable sino su indiscutible aptitud para el cálculo y el conocimiento profundo de las matemáticas.

¿ No se le ha visto excluir arbitrariamente del Observatorio al más ilustre de nuestros físicos franceses, M. Foucault, miembro del Instituto, y suprimirle su sueldo contra la voluntad del ministro, que continúa haciendo figurar

en el presupuesto los sueldos suspendidos por este veto arbitrario?

¿No ha tratado indignamente al jefe de la división meteorológica, al sabio M. Marié-Davy, a quien se deben los progresos llevados a cabo durante estos últimos años, porque este astrónomo publicó una obra titulada *Los movimientos de la atmósfera y de los mares*, acusándole de haber robado, o cosa parecida, los trabajos del Observatorio para atribuirselos personalmente, acusación tan falsa como vergonzosa, puesto que el mismo M. Le Verrier aconsejó el libro y hasta corrigió sus primeras pruebas?

He aquí hechos que M. Le Verrier no puede negar, lo mismo que haber cerrado las puertas de comunicación entre M. Marié-Davy y sus adjuntos, y de haber prohibido al criado hacer fuego en su gabinete en el rigor del invierno; lo mismo que de haber suprimido el sueldo a veintiocho empleados desde hace quince meses, entre ellos siete el mes último (sueldos íntegramente pagados por el ministerio); lo mismo que haber querido pisotear a sus más eminentes colegas, Faye, Desains, Babinet, Puiseux, Liais, Chacornac, etc., por no nombrar otros.

Ciento dos funcionarios (*quorum pars minima sum*) han pasado por el Observatorio desde 1854. Es preciso una gran paciencia y un vivo amor a la astronomía para saber permanecer cuatro años en ese santuario, donde los sabios debieran gozar de la tranquilidad olímpica de las altas regiones de la atmósfera. Y la conducta particular de este personaje en el Observatorio no es sino la muestra de su manera de obrar en el mundo científico, en el que no tiene escrúpulo de tratar las cuestiones nuevas sin nombrar siquiera a los astrónomos que las han tratado antes que él, a fin de hacerse atribuir toda la gloria, procedimiento de una exquisita delicadeza que aun este último año ha puesto en práctica exponiendo su teoría cometaria de las estrellas fugaces, cuya idea primera pertenece a M. Schiaparelli, director del Observatorio de Milán.

Pero ¡cómo reproducir todos estos hechos! Ya es bastante, y la medida está llena. Napoleón III y M. Duruy han comprendido ya.

Se puede reír y bromear sin duda sobre esta singular

conducta; se la puede mostrar en espectáculo bajo un aspecto ridículo y superficial; pero hay alguna cosa más, hay una justicia que restablecer a nombre de la dignidad de las ciencias ultrajadas.

Hasta la misma astronomía se ha eclipsado en el Observatorio bajo los pretendidos trabajos de la asociación científica y bajo los farragos de los ponentes de tempestades. El director del Observatorio ha tenido el talento de paralizar la ciencia hace catorce años. Los *Monthly notices* de Londres son los que nos hacen conocer sus progresos: todo se ha destruido en Francia, hasta el anfiteatro donde se hacia oír la palabra de Arago, y el director, en su gran talento, hasta tiene el proyecto de un nuevo Observatorio a su manera, construido sobre las ruinas del edificio actual.

Tal estado de cosas no es tan estable como el sistema del mundo, y la opinión general se preocupa hoy, con razón, de verlo cambiar.

El personal joven del Observatorio se renueva como los viajeros de una posada. Apenas entrado, se tiene prisa por salir lo más pronto posible. Para la práctica tan delicada y tan minuciosa de las medidas astronómicas, en las que hace falta adquirir la costumbre, todos los observatorios del mundo buscan formar y conservar hombres especiales. En París, cada día se ven reclutas nuevos.

La comisión nombrada por el ministro se ha reunido ya cuatro veces en las oficinas del ministerio de Instrucción pública. Oye actualmente las deposiciones de las víctimas y de los testigos. Daremos cuenta a nuestros lectores de la posición del acusado inmediatamente que la marcha del asunto haya desatado la discreción que debemos guardar hoy. Inútil es decir que el acusado se ha rebelado y que no admite la legalidad del expediente de información.

Es innegable que esta es una triste situación para un senador. Pero ¿quién tiene la culpa de ello? Y, además, cuando se ha asistido a esta escena de la comedia humana, cuando se ha visto a este administrador burlarse impunemente de la ciencia y de los hombres, cuando se considera sobre todo la decadencia de nuestra pobre astronomía que antiguamente era el orgullo de la Francia y brillaba a lo

lejos, dignamente sostenida por los venerados nombres de Laplace, Delambre, Lagrange, Legendre, Poisson, y Arago, se siente que no entran aquí en juego solamente fugitivas cuestiones de personalidades, y que la verdadera gloria de nuestra patria, como el porvenir de la ciencia reclaman imperiosamente una renovación fecunda.

Nuestra sublime ciencia del cielo ¿no debiera estar representada en Francia por un espíritu que sea digno de ella, que comprenda su belleza y su grandeza y que sepa interpretar su enseñanza en el orden filosófico y social? ¿Es que ha muerto para siempre el genio de nuestros padres del siglo xvii, y ya no tenemos en nuestro siglo sino máquinas de calcular? — Sombras de Galileo, de Képler y de Newton, ¿no os estremecéis cuando dirigis la vista hacia los que pretenden ser vuestros sucesores?

El Faetón de 1854 comienza en fin a apercibirse que se ha engañado de camino y que se ha extraviado en la región de las estrellas fugaces. Siente con un terror mal disimulado el espectáculo de su próxima caída. No encontrando la protección ni de Júpiter, ni del Dios de Israel, ni del papa, dirige sus súplicas a los grandes de la tierra y a su corte, y persigue con su quejumbrosa prosa al monarca y a sus ministros; pero su voz ya no es escuchada: ¡*Vox clamans in deserto!* Lejos de imitar al Sol y de

Verser des torrents de lumière  
Sur ses obscurs blasphémateurs,

hele ahí que se revuelve contra la comisión informadora, contra sus colegas de la Academia, contra sus colaboradores y ¿quién sabe? contra el gobierno del que ha solicitado y obtenido la bordada casaca de senador.

En efecto, declara que va a hacer la oposición en el Senado. ¡Oposición en el Senado! ¿Hemos comprendido bien? Si; en el palacio del Luxemburgo es donde el honorable senador va a aclimatar las interpelaciones del Palacio de Borbón (1). Una amenaza tal nos hace pensar en Carlos XII y en su bota.

(1) El palacio del Luxemburgo es el Senado, así como el palacio de Borbón es la Cámara de diputados de Francia (N. D. T.).

La comisión de que hemos hablado no sirvió para nada, pues M. Le Verrier continuó obrando sin consultarla y desdeñando asistir a sus sesiones. La situación no hizo más que empeorar en 1868 y 1869. Por último, en enero de 1870, todos los jefes de servicios, astrónomos y astrónomos adjuntos reunidos, MM. Yvon Villarceau, Marié-Davy, Wolf, Loewy, André, Folain, Fron, Leveau, Périgaud, Lévy, Rayet, Sonrel y Tisserand, todos redactaron un Informe oficial, dirigido al ministro de Instrucción pública, exponiendo en 48 páginas de gran formato de impresión en 8º, que en este momento tengo a la vista, los agravios innumerables inferidos, desde hacía quince años, contra la administración del funesto director, y declarando que esta manera de obrar era absolutamente intolerable.

Este Informe, firmado por todos los funcionarios del Observatorio, es significativo. Y sin embargo, no se exponen en él todas las crueldades ejercidas por M. Le Verrier. Por ejemplo, esta: Madame Loewy, que se encontraba en eso que se ha convenido llamar estado interesante, vió prohibírsele el uso de la gran escalera, y estar condenada a subir y bajar por una estrecha espiral, con riesgo de resbalar y sufrir graves accidentes. Silbermann, preparador en el Colegio de Francia, me ha afirmado haber visto al director del Observatorio perseguir a un gato refugiado en un agujero del muro y acribillarle a sablazos, etc.

Me cuesta sentimiento referir estas cosas. Pero se me ha reprochado algunas veces haber concurrido a la revocación del dictador astronómico, y la historia debe ser justa ante todo.

Después del Informe de que acabo de hablar, el gobierno no tenía más que obrar.

Nuestro gran establecimiento nacional fué por fin emancipado.

He aquí lo que escribió M. Emilio Ollivier, jefe del Gabinete del gobierno imperial en 1870, en su obra *L'Empire libéral* :

El ministro de Instrucción pública, Segrís, tuvo un asunto delicado que resolver : el de Le Verrier, Director del Observatorio.

Le Verrier, senador, era un personaje considerable en la ciencia y en el Estado. Se le acusaba de haber abusado de esta inmunidad para ejercer, en su gobierno del Observatorio, una dictadura violenta y desordenada, contra la que se levantaban protestas vehementes. El Observatorio no era ya un laboratorio científico, sino un verdadero campo de batalla anárquica, donde los trabajos importantes estaban casi interrumpidos. Duruy, ya preocupado de este desorden, escribía, en 1867, al Emperador : « Señor : desde hace cuatro años no me atrevo a mirar al Observatorio, pero ya no es posible continuar siendo indiferente. Vuestra Majestad se convencerá de ello si se digna examinar el adjunto expediente. En él verá Vuestra Majestad que once astrónomos o astrónomos adjuntos están casi fuera de servicio : que todos los funcionarios que se encontraban en 1854 en el Observatorio han sido despedidos, excepto uno, que ha quedado sin empleo; que, sobre sesenta y ocho calculadores llamados sucesivamente por Le Verrier, cuarenta y ocho se han retirado. El mismo personal de servicio no quiere permanecer más allí, y treinta y tres han abandonado su puesto. Los sueldos son arbitrariamente suspendidos, disminuidos o suprimidos; la ciencia sufre con estos cambios de personal y con la irritación que ellos causan », etc.

Segrís encontró el mal agravado. Pero hombre de una profunda conciencia, se informó por todos lados, antes de tomar un partido, y sobre todo quiso recoger las explicaciones del mismo Le Verrier, que las ofrecía pidiendo

una información. En este intermedio, todos los jefes de servicios del Observatorio y los astrónomos se presentaron en la secretaría del ministerio, y depositaron en ella una Memoria con su dimisión.

1º de febrero. — « No puedo ocultarle, escribe Segrís a Le Verrier anunciándole esta noticia, que estoy penosamente impresionado de ver un establecimiento tan importante como el Observatorio en un tal estado de desorganización; estoy al mismo tiempo preocupadísimo sobre la imperiosa necesidad de poner a ello un pronto remedio. Usted me ha manifestado el deseo de que yo le reciba el sábado próximo, 5 de febrero, y, para este caso, puede tener la seguridad de encontrarme en mi gabinete a las ocho y media de la mañana ».

« En el Senado, al final de la sesión del 2 de febrero día en que Le Verrier fué advertido de la cita que le daba Segrís, Guyot-Montpayroux interpeló al Gobierno sobre la situación actual del Observatorio, y Segrís respondió en términos mesurados. Pero al entrar en el ministerio, supo que, sin esperar la cita del 5, por la mañana, Le Verrier, abusando de su posición de senador, acababa de depositar, en la sesión de aquel día, una interpelación por la cual, en virtud del senadoconsulto del 8 de septiembre de 1869, pedía interpelar al Gobierno, « sobre los incidentes relativos a la administración del Observatorio imperial ». El ministro era así llamado por su subordinado a la barra del Senado y requerido a facilitar explicaciones, precisamente cuando él era el que debía pedir las. Sintió la impertinencia y castigó aquella osadía. Aquella misma noche advirtió a Le Verrier que no se molestase en ir a la cita dada, e hizo aprobar por el Consejo y por el Emperador el decreto siguiente de destitución (5 de febrero) :

« Considerando que la dirección del Observatorio imperial está confiada a un director nombrado por Nos y colocado bajo la autoridad de nuestro ministro-secretario de Estado en el departamento de la Instrucción pública; considerando que todos los jefes de servicio de este establecimiento han presentado su dimisión motivada sobre hechos imputados por ellos al director y que los servicios del Observatorio imperial se encuentran así comprome-

tidos y desorganizados; que sin esperar los resultados de la información pedida por él a nuestro ministro de Instrucción pública por su carta de 29 de enero último y en el momento en que, después del nombramiento de una comisión, iba a procederse a ella, M. Le Verrier, director del Observatorio, ha creído deber, en su calidad de senador, llevar ante el Senado una petición de interpelación dirigida por él al Gobierno sobre los incidentes relativos a la administración del Observatorio imperial; considerando que una tal interversión de las situaciones y de los papeles sería de naturaleza a dirigir un ataque a todas las reglas jerárquicas y a la disciplina, si la calidad de director del Observatorio con las obligaciones que ella le impone, fuera mantenida, en esta situación, a M. Le Verrier, decreta :

M. LE VERRIER QUEDA RELEVADO DE SUS FUNCIONES

Al herir así a un personaje colocado en un puesto tan alto, reputado por su amistad con el emperador, hacíamos saber a todos que no tolerábamos la más mínima falta a las reglas del orden u de la jerarquía. Le Verrier ensayó vanamente justificar su conducta en el Senado. Las leales explicaciones de Segris, escuchadas con un marcado favor, fueron confirmadas por una orden del día pura y simple, y votadas por inmensa mayoría. Esta medida recibió una aprobación casi general; el insoportable carácter de Le Verrier hacía olvidar su gran valor científico.

Emilio Ollivier añade a esta exposición, como documento justificativo, la carta siguiente que le dirigí en la misma época, y la que me ha extrañado ver impresa treinta y ocho años después en su obra *L'Empire libéral* :

« Señor ministro : — Su ministerio acaba de prestar el más eminente servicio a la ciencia. Relevando a M. Le Verrier de sus funciones de director del Observatorio, se permite en fin a la astronomía francesa constituirse sobre la base sólida que le conviene y elevarse a una atmósfera

en adelante pura y apacible. Permítame dirigirla las sinceras felicitaciones y la expresión del más profundo reconocimiento de un amigo de la ciencia por este acto de resuelta justicia. Cuatro años pasados bajo esta presión funesta me habían hecho sentir su fatal influencia. Desde hace varios años había declarado la guerra al egoísmo dictatorial; lo que no habíamos podido obtener enteramente del prudente y sabio Duruy, usted acaba de darlo liberalmente a la Francia. Tenga la seguridad, señor ministro, de que el acto que acaba de llevar a cabo tendrá una repercusión gloriosa en la Europa entera y una página de reconocimiento en la historia de la astronomía. Cordialmente afecto al gran ministro que ha sabido poner los intereses generales de la « República » por encima de todas las mezquinas querellas de partido, tiene el honor de ofrecerse, etc. — CAMILO FLAMMARION (1) ».

Volviendo a leer el otro día esta carta que me había sido señalada por mi amigo el historiador Arturo Lévy, he sido extrañamente sorprendido, porque la había olvidado por completo. La primera reflexión que vino a mi mente fué ésta : « Cuando se escribe una carta, hay que pensar que puede ser impresa hasta cuarenta años o más después ». En seguida, no me sentí molestado ni mucho menos por haberla escrito, y noté que, en pleno Imperio, había tenido la independencia bastante rara de emplear la palabra *República* en una carta dirigida a un ministro confidente del emperador y jefe del ministerio. Yo consideraba, por otra parte a Emilio Ollivier como republicano. ¿No había empezado su carrera en 1848 como prefecto de mi departamento? En todo caso, esta carta completa la historia de la revocación del funesto director a la que hube de contribuir en justi-

(1) EMILIO OLLIVIER. *L'Empire libéral*, tomo XII, 1908, p. 530.

cia como mejor pude. Más tarde volveremos a encontrar a M. Le Verrier, porque me perdonó mi venganza, volvió al Observatorio y me recordó indirectamente lo que mis lectores tendrán ocasión de ver más adelante.

En febrero de 1870, tuvo por sucesor a su enemigo más encarnizado, Delaunay, con el cual tenía yo íntima amistad, como he dicho antes. Uno de sus primeros cuidados fué invitarme a volver al Observatorio, después de ocho años de ausencia; pero tuve que declinar esta invitación, porque mi vida había tomado una dirección un poco diferente, aun continuando consagrado a la astronomía.

## XXVII

El año terrible. — La guerra franco-alemana y el sitio de París.  
— Las causas de la guerra de 1870. — Necedad de la humanidad pretendida civilizada. — Estúpida organización social.  
— Esperanza en el porvenir.

Llegamos en nuestros recuerdos al año terrible, a la espantosa guerra de 1870, que ha dividido en dos partes desiguales y distintas la vida de todos los hombres de mi generación, y por la que debe terminar este primer volumen, ya considerable para la benévola atención de sus lectores.

Todo el mundo conoce hoy los orígenes y las responsabilidades de este irreparable desastre, que ha paralizado el tranquilo y luminoso progreso de la civilización europea, ha restablecido el antiguo y bárbaro derecho de gentes, fundado sobre la conquista, ha impuesto a los pueblos los perpetuos y ruinosos gastos del militarismo general, echado a la fosa más de cien mil hombres, sembrado duelos y ruínas cuyos efectos sentimos todavía, más de cuarenta años después, destruído diez mil millones, encarcelado dos provincias francesas como se mete un